

hr > p); cf. lat. quis, ou. pis. Las aspiradas se pierden en los dos idiomas, pero de distinta manera: en oscumbro las aspiradas internas se vuelven espirantes y en latín se vuelven medias (cf. lat. mediā, oscum. nefiāi.) La ā final se vuelve o, u en oscumbro: ej. lat. viā, osc. viā.

Diferencias más notables todavía encontramos en la morfología. En el nominativo plural de los temas en -ō, el latín tiene la desinencia gi > ī, que se deriva de la declinación pronominal, mientras que en oscumbro se conserva la desinencia antigua -os, la cual, exactamente se extiende también a los pronombres: ej. lat. qui, o. pūs, lo contrario de lo que ocurrió en latín. En la misma declinación de los temas en -ō, el latín tiene como innovación el genitivo en -ī; el oscumbro, en cambio, conserva el genitivo en -s (-eis); en los temas en -i, el lat. extiende, en el genitivo, la desinencia de los temas en consonante (-is). En los verbos, una de las diferencias más notables es que el oscumbro no conoce la forma aorística en -s (cf. lat. mansi) y la forma del antiguo perfecto en -w, que encontramos en latín (cf. amawi / amavi).

Finalmente, hay numerosas diferencias lexicales. Un verbo tan común como velle no es conocido por el oscumbro, que tiene en cambio el verbo her, concordando con el griego y con el antiguo indio (cf. gr. Khairō. a. ind. hārvati 'desea'). Otro término de los más comunes, el nombre del fuego, que es uno de los elementos más primitivos de la civilización, es en umbro pir (cf. gr. pūr, arm. hur, toc. por, het. nahhar), mientras que en latín es ignis (cf. ant. ind. agni-, lit. agnis, paleoesl. oginī). Así también, para el latín civitas, el osco tiene tento, cuyas correspondencias encontramos en lituano y en gótico (lit. tautà, got. thiuda, 'pueblo'; cf. thiudisk > deutsch; el latín populus, en cambio, no tiene correspondiente indoeuropeo y es probablemente de origen mediterráneo.).

Frente a estas diferencias se plantea el problema de si las coincidencias antes señaladas, y que son, sin embargo, notables, se deben a unidad genética o secundaria, es decir, de si el latín y el oscumbro representan diferenciaciones dialectales de una única lengua más antigua o si, en cambio, se trata de dos lenguas distintas unificadas en parte por la influencia recíproca debida a la convivencia en Ita-

lia. Los estudiosos franceses sostienen en general la primera tesis; los alemanes la segunda; entre los italianos las opiniones están divididas: algunos, como Devoto y Pisani, sostienen que las diferencias entre latín y oscumbro son antiguas y las semejanzas son recientes (y ésta es la opinión que, según parece, está prevaleciendo); otros, como Pagliari, sostienen que tal afirmación no es demostrable y que, por lo tanto, se puede considerar al latín y al oscumbro como dos dialectos de la misma unidad.

De todas maneras, hay que tener bien diferenciadas los dos sistemas cuando se trata de reconocer en latín los elementos no latinos sino itálicos, es decir, oscumbros, que son bastante numerosos. Algunos dialectos de la zona latina primitiva, como el falisco, aparecen profundamente influidos por el sabino, y el mismo latín propiamente dicho contiene elementos sabinos, es decir, oscumbros: así, por ej., palabras como lupus (que, si fuera latina, debería ser *lucus) o bōs (que tendría que ser *vōs < *guōs); del mismo modo, la palabra asinus debe ser sabina, porque si fuera latina tendría que ser *arinus, ya que en latín la s intervocálica se vuelve r.

El problema de la llamada unidad itálica queda, pues, abierto, en parte también por el conocimiento insuficiente que tenemos de los antiguos dialectos itálicos. Las inscripciones oscas (en tres alfabetos distintos: el etrusco-campano, el griego y el latino) son sólo unas doscientas y cubren más o menos cinco siglos; es decir que contienen una evolución lingüística desconocida del siglo IV a.C. al I. d.C.- Un poco mejor se conoce el umbro por las famosas Tablas Iguvinas, ya nombradas. Son siete tablas de bronce y contienen un ritual religioso; están escritas en alfabeto umbro nacional y en alfabeto latino. Pero éstas tampoco son de la misma época; las tablas VI y VII, son mucho más recientes que las primeras cinco. Menos todavía conocemos los dialectos de la unidad prelatina, es decir, latino-sícula. El sículo se conoce sólo por algunas glosas que se encuentran en autores griegos de Italia meridional, por algunos términos que se encuentran en la comedia siciliana (palabras dichas por personajes campesinos) y por unas pocas inscripciones.

De los Ausonios, pueblo del grupo prelatino de Italia meridional,

no sabemos casi nada y sólo nos damos cuenta que debían pertenecer a esa unidad por algunos topónimos.

De la zona latino-falisca (zona latina propiamente dicha), tampoco sabemos mucho. Del falisco (dialecto de Falesii, que más tarde se llamó Falerii y es actualmente la ciudad de Civitacastellana, a 40 kms. de Roma), hay algunas inscripciones, pero indican una gran superposición de capas lingüísticas distintas, es decir latinas y no latinas: así, por ejemplo, junto con formas latinas como duenos (bonus), encontramos formas con características oscoumbas, como -pe (-que) o pipafor (bibam). En la inscripción de la Fíbula Frenestina, que data del siglo VI a.C. (MANIOS MED FHEFHAKED NVMASIOI, es decir,

Manius me fecit Numerio,

Manip me hizo para Numerio)

una forma es latina (med), dos presentan características oscoumbas (fhefhaked, Numasioi) y una (Manios) puede ser tanto latina como oscoumbra.

Los documentos del latín de Roma son relativamente recientes y pocos. Una de las inscripciones más antiguas es la que se llama del Lapis niger, del Foro romano, pero aparece muy mutilada y por eso resulta incomprensible. Lo mismo podemos decir de la inscripción llamada del vaso de Dueno y de la de Tibur (Tívoli.)

Otros documentos latinos antiguos, como las Leves de las Doce Tablas, el Carmen Saliare y el Carmen Fratrum Arvalium, nos son conocidos indirectamente, es decir, en redacciones más recientes. Lo mismo se puede decir de un breve carmen en prosa rítmica que se encuentra incluido en la obra De agricultura de Catón. Más importantes, pero ya más recientes, son los documentos llamados Elogia Scipionum (inscripciones fúnebres de los Escipiones) que constituyen el más antiguo documento fechado de latín, pues datan del año 273a.C. Otros documentos importantes son la Lex Sacra de Spoleto, la inscripción de Luceria y las obras de los escritores más antiguos, como Ennio, Livio Andrónico, Plauto.

Se puede decir que tenemos documentado el latín ya casi exclusivamente como lengua común; de sus formas dialectales tenemos muy poco.

A pesar de esto, no se debe confundir este latín común con el latín clásico o literario, fijado en formas más o menos rígidas. El latín común, lengua móvil como toda lengua hablada, sufrió una evolución bastante notable de la época arcaica a la época clásica, evolución que se revela en las inscripciones o puede deducirse con la ayuda de la gramática histórica y de la gramática comparada:

a) El acento.— El acento libre indoeuropeo se fija en la primera sílaba en una época muy antigua, probablemente por influencia del etrusco, y más tarde cambia nuevamente pasando a la penúltima o a la antepenúltima sílaba, según la cantidad (larga o breve) de la penúltima.

b) Las vocales.— La e breve acentuada (ĕ), delante de determinadas consonantes, se vuelve i: cf. las parejas decet-dignus, lego-lignum. La e breve (ĕ) delante de l seguida por a, o, e, u, se vuelve o (cf. velle, pres. ind. volō.) La o breve (ŏ) delante de l más consonante se vuelve u (cf. stolidus-stultus, volō-vult, vultis)

Durante casi toda la época de la República se siguió escribiendo o, por ej. volpes, volgus, voltar, mientras ya se pronunciaba u.

c) Los diptongos.— En el siglo II a.C. el diptongo ei se transformó en i (deico > dico, inceido > incido) En los comienzos del mismo siglo ai > ae (quaīro > quaero, Romai > Romae) y luego, muy pronto, ae dió a (e abierta). Varrón dice que en su tiempo los campesinos pronunciaban edus en lugar de hædus.

También en los comienzos del siglo II a.C., el diptongo oi se vuelve oe y luego u: en las inscripciones más antiguas encontramos oinos; en Plauto, oenus, y finalmente, en lat. clásico, unus; del mismo modo comoinis > communis, Poeni > Puni.

A fines del siglo III a.C., el diptongo ou se vuelve ū (loucos > lūcus, loucsna > luna, noutrix > nūtrix). En el mismo siglo, el diptongo au se vuelve o, pero no generalmente, pues en la escritura se mantiene au (recuérdese la anécdota de Suetonio acerca del emperador Vespasiano que pronunciaba plostra en lugar de plaustra). En el mismo siglo, la ō átona se vuelve u, aún conservándose como o en la escritura hasta la época imperial: filios, virom, opos, dederont, por filius, virum, opus, dederunt (y Augusto, con intención arcaizante, hasta pronunciaba

domos en lugar d domus).

En los compuestos, las vocales postónicas se debilitan (y recuérdese que en lat. arcaico el acento estaba en la primera sílaba) cf. lego-colligo, cado-cecidi, locus-illico, status-institutio, factus-infectus, effectus, perfectus; aptus, -ineptus, arma-inermis, habeo-prohibeo, etc.

Ya en lat. arcaico dw > b (duenos > bonus).

d) Las consonantes. En el siglo I a.C., muchas veces p se confunde con y (en las inscripciones se encuentra, por ej.: incomparavilis en lugar de incomparabilis y, por hipercorrectismo, beni**y**bixi en lugar de veni, vixi.)

La d final precedida por vocal larga (por ej. la d del ablativo) se pierde en los comienzos del siglo II: meritōd > meritō, praidād > praedā, magistratūd > magistratū, datōd > datō, suntōd > suntō, etc. (Quintiliano, desde un punto de vista, evidentemente, antihistórico, dice que, en estos casos, los antiguos "agregaban" una d.)

La s intervocálica se vuelve r (Varrón cita forma más antiguas como foedesum, plusima, meliose, asenam por las clásicas foederum, plurima, melio, arsenam, y Cicerón informa que el dictador Lucio Papirio Cursor, 339 a.C., cambió su nombre de Papisius en Papirius; cf. también en la declinación: flos, floris; rus, ruris). Por analogía con los demás casos, la r se extiende al nominativo, sustituyendo la s final, por lo que tenemos labor, arbor, en lugar de labos, arbos. Las excepciones a esta ley fonética o no son palabras latinas, como por ej. pausa o basis (griegas), gaesum (céltica), asinus (¿sabina?), o tenían doble s, como caussa, cassus (causa, casus).

El sonido h desaparece en el siglo I a.C. La s final cae en el latín arcaico si precede vocal breve y sigue consonante; el latín clásico la restaura en todas las posiciones, por lo menos en la escritura.

La m final también cae ya en época arcaica. En las inscripciones antiguas encontramos oino en lugar de oinom, duonoro por duonorom. En latín clásico se restaura la m en la escritura pero en la pronunciación popular sigue la omisión. Aún en la pronunciación culta, la m final era apenas nasalización de la vocal precedente y no se pronunciaba más como fonema independiente; Quintiliano observa que no se elide sino que

"obscuratur et tantum in hoc aliqua inter duas vocales velut nota est, ne ipse coeant".

Comprobamos, por consiguiente, que el latín es una lengua móvil, que evoluciona bastante rápidamente en los siglos anteriores a su fijación como lengua literaria, en parte también por influjos itálicos y griegos. Obsérvese que los primeros escritores latinos, cuando no son griegos, como Livio Andrónico, son oscos, como Ennio, Pacuvio, Lucilio.

La tradición literaria del latín clásico se formó por influencia griega y sólo en los últimos años de la República se fijó la ortografía con un criterio de uniformidad morfológica, por el cual las formas mantienen siempre la misma grafía, a pesar de las variaciones en la pronunciación debidas a la fonética sintáctica (cf. el caso de la s final.). Pero durante dos siglos, más o menos, las inscripciones presentan formas dialectales, donde sorprendemos un latín vivo, un latín en evolución; y podemos comprobar en ellas fenómenos que encontraremos luego en las lenguas romances, como el español, y que, en cambio, no se encuentran en latín literario.

ELEMENTOS QUE CONSTITUYEN EL LATÍN.-

Al hacer la gramática histórica de las lenguas, se estudian particularmente aquellos elementos que se encuentran en la primera fase estudiada y se conservan hasta la última. Pero esto no nos da elementos suficientes para construir un cuadro completo de una lengua, en nuestro caso el latín, porque, como en español, así también en latín han confluído elementos de distinto origen: palabras indoeuropeas heredadas, préstamos del substrato y del adstrato, derivaciones, composiciones y creaciones latinas.

De manera que, para seguir una serie de palabras - como las que constituyen el fondo latino del español - hasta su origen lejano, tenemos que llegar en algunos casos al indoeuropeo y en otros, hasta las lenguas de las cuales el latín pudo haber tomado palabras, o hasta la derivación o composición latina que dió origen a otras. Con esto indicamos también y separamos aquella parte del patrimonio lingüístico español que lo relaciona no sólo con los demás idiomas romances sino también con los demás idiomas indoeuropeos.

Así como en español el fondo principal es latíno, en latín el fondo principal es indoeuropeo, es decir que es patrimonio común de la lenguas indoeuropeas. En tal patrimonio común, Meillet distingue dos categorías de palabras:

- a) palabras aristocráticas, pertenecientes a la aristocracia conquistadora que constituía el núcleo principal indoeuropeo; y
- b) palabras populares.

Esta distinción quizá no sea tan terminante, sin embargo puede adoptarse para una buena clasificación didáctica. Pertenecen al vocabulario de esa aristocracia los términos que se refieren a los animales, a la vida religiosa, a las relaciones familiares y en muchos casos su carácter aristocrático resulta evidente por tener dichos términos una valor abstracto, religioso, social y no afectivo. Así, por ej., palabras como bos, ovis, sus, que indican al mismo tiempo al macho y a la hembra de los respectivos animales, no son, evidentemente, palabras populares, de quienes los crían y distinguen necesariamente su sexo. Una palabra como pater tampoco es de origen popular, puesto que tiene un sentido religioso y social (cf. Juppiter < dems + pater; o el término patres que designa a los senadores, con un sentido religioso y político.)

Pertenecen a esta categoría:

- a) palabras que se refieren a la vida psíquica y física, como: genus, nosco, esse, vivere, memini, videre, etc.
- b) palabras que designan partes del cuerpo:
os (boca), dens (dientes), (dēntipēs), crur (sangre),
genu (rodilla), cerebrum (seso)
- c) palabras que se refieren a la familia y habitación:
mater, socer, pater, domus, frater, vicus (pueblo);
- d) nombres de animales:
equus, pecu, ovis, ursus;
- e) palabras que se refieren a alimentación y vestuario:
vestis, uro (freír), edo (comer), bibo, coquo (cocer),
lana, lingo;
- f) términos que designan fenómenos de la naturaleza:
lux (y sus derivados, lumen, luna), ventus, dies,
hiems (invierno), nix, (nieve), mensis;
- g) los numerales de 2 a 10 y el numeral 100.
- h) adjetivos:
salvus, novus, medius, mollis (blando), dexter

i) pronombres como ego, tu, nos;

j) verbos fundamentales como:

eo (ír), venio (venir), fero (llevar), veho (llevar en un vehículo), do (dar), tego (cubrir), sedeo (estar sentado), sto (estar de pie), orior (nacer, surgir), linguo (dejar), mulgeo, rumpo (romper), texo (tejer), verto, sterno, scindo, etc.

La capa popular se reconoce por el carácter técnico y afectivo que tienen las palabras que la integran. Así en el caso de los animales, por ej., se distingue el sexo (palabras técnicas.) Así, también mientras pater y mater son términos aristocráticos, amma y atta (términos afectivos) son populares. Las palabras populares se reconocen además por su forma, por tres características:

- a) contienen consonantes dobles; b) contienen consonantes sordas aspiradas; c) contienen la vocal a breve en la raíz sin las alternancias que se registran en las palabras aristocráticas.

Por ej.: amma, atta, mamma, acca (madre), pappa (alimento) etc.

Pertenecen a esta capa popular palabras como: bucca, guttur (garganta), bracchium (brazo), flaccus gibbus (joroba), broccus, siccus (seco), vacca, gallus, pullus, gluttio, battuo (pegar) ago (hacer), augeo, aevum, acies (ejército - pero en su origen significaba "punta de la flecha"), puer, virus, cor, socius, obscurus, caecus (ciego) balbus (tartamudo), calvus, claudus (claudicante), ager, sal, animus.

También son populares palabras de origen onomatopéyico o que contienen consonantes geminadas como: cornix, grundio, murmur (murmullo), garrus, ululo (aullar), cella, follis (vejiga), nassus (nasus), o las ya vistas amma, atta, siccus, etc.

Después de esta capa indoeuropea común, hay una segunda categoría de palabras también heredadas por el latín, pero que no son indoeuropeas comunes, sino que se encuentran sólo en las lenguas indoeuropeas periféricas. Algunas pertenecen al latín y al sánscrito, como: RAK, donde? sánscrito? RAK? sánscrito? (espada). Otras pertenecen al latín, al germánico y al lituano, como: verbum, putare "considerar", que en su origen significaba "cortar", agua, annus. Y otras pertenecen al latín y al griego, como: lac (leche), heres (heredero), lego (escoger, leer) fido (confiar.)

Una tercera serie está constituida por los elementos occidentales, es decir, que son indoeuropeas, pero se encuentran sólo en las lenguas occidentales, como el latín, el céltico, el germánico, el báltico y el eslavo, mientras no se encuentran en las lenguas orientales, como el griego. Entre ellas podemos citar: velle, (querer), vincere (vencer), ferire (herir), emere (comprar), secare (cortar), hostis (enemigo), civis, sepes, lóngus, vastus, faba (haba), granum, rota (rueda), vates (poeta, profeta), caper (chivo), quercus (encina), nux (nuez), flos, (flor), piscis (pez).

Algunos de estos elementos occidentales sólo pertenecen al latín y al céltico, por ej.: alo (alimentar), cano (cantar), habeo, pectus (pecho), saeculum (siglo).

Finalmente, una cuarta categoría contiene palabras que son indoeuropeas sin localización geográfica precisa, como: capio (tomar, asir) fruo (gozar), traho (traer), frango (quebrar), cado (caer), lentus, serius (serio), glaber (lampiño, sin pelo), saxum (piedra), hordeum (cebada), haedus.

Estas palabras y otras se pueden seguir hasta sus orígenes indoeuropeos.

La segunda categoría de palabras latinas es la constituida mediante AMPLIACIONES Y DERIVACIONES en latín: por consiguiente tienen raíz indoeuropea pero no tendrán correspondencia en otras lenguas indoeuropeas. Así de aveo (desear ardientemente) se derivan por un lado avarus, avaritia, y por otro avidus (codicioso), áudeo (osar), audax (audaz); de capio (asir), se derivan capesso (tratar de asir) y capto (cazar) y de éste captivus (cautivo); de specio (mirar), se derivan spectare, y de éste spectatio, spectator, spectaculum; de opio se deriva optare.

Muy difundidos son los iterativos ^{y frequentativos} con desinencia -tare, -itare (ej.: cano - cantare).

Muy comunes son los diminutivos, formados con varios sufijos: -ulus (parvus - parvulus, porcus - porculus), -illus, -illa (ancilla); -illulus, -illula (ancillula), -iculus, -icula, (auricula, navicula), -icellus (avicellus), -ellus (porcellus), algunos de ellos mucho más difundidos todavía en el latín hablado que en el latín literario. Tam-

bién es corriente la derivación de adjetivos, nombres abstractos, nombres de agente, etc., mediante sufijos como: -bundus (tremebundus, moribundus), -monia (aegrimonia, acrimonia), -ities, -itia (pigrities, pigritia; avarities, avaritia), -tura (praefectura, mercatura, scriptura), -tor (imperator, viator), etc.

También es frecuente la derivación mediante prefijos, sobre todo en los verbos: cf. linquere, relinquere, derelinquere.

Dentro de la ampliación y derivación hay que considerar, además, las palabras surgidas por cruzamientos y contaminaciones (por ej., gre- por contaminación con levis; grassus, al lado de crassus, vis, al lado de gravis, y por contaminación con grossus; sinexter, al lado de sinister, según el modelo de dexter) y, como ampliación semántica, los eufemismos, como obire (enfrentar → enfrentar la muerte → morir) scaevus (por laevus, "izquierdo"), etc.

La composición, en cambio, tiene poca entidad en latín y, en general, los compuestos latinos aparecen perfectamente soldados, no reconociéndose inmediatamente como tales. Así, por ej., es difícil reconocer los elementos que componen una palabra como mediocris (medius + ocris, cerro), y más difícil todavía es reconocer al "que produce poco" en pauper o al "que toma la primera parte" (*primo-caps, de capio, capere) en princeps, o los elementos bene y gigno en benignus. En el lenguaje popular se encuentran otros compuestos, como furcifer, angiportus, y también en la lengua literaria, sobre todo por influencia griega (así por ej., magnanimus es una simple traducción, un simple "calco" de la correspondiente palabra griega.) Poco, en general, esas palabras compuestas pertenecen más bien al estilo que al sistema de la lengua, y, bajo ese aspecto, las lenguas romances conservan bien el carácter del latín, evitando, en general, la composición.

Una categoría particular de palabras nuevas en latín (con respecto al indoeuropeo) es la constituida por las neoformaciones latinas sobre la base de onomatopeyas, de palabras imitativas. Así, por ej., de la onomatopeya que imita la voz de la oveja (be, ble), se forma el verbo belare o balare; de la que imita la voz de la vaca (mu), el verbo mugire; de la que imita el relincho del caballo (hi) el verbo hinnire, etc. Pertenecen a esta categoría nombres de instrumentos musicales como bucina;

(37)
nombres de animales como bubo, "buhu" (y el verbo bubilar), cuculus (y el verbo cuculare), cornix, corvus, coturnix; y otros sustantivos como clangor (⟨*kl-⟩ o crimen (⟨*kr-, *krik-⟩); adjetivos, como balbus (y el verbo balbutire); verbos, como cucurrio, -ire; blatero -are; ululare (con el derivado ululatus); guaruhor, queror (⟨*que) y otros derivados de interjecciones como eiulare (⟨ei), etc.

También hay que considerar como neoformaciones las palabras que proceden del lenguaje de los niños, como mamma, pappa, (alimento), lallo (cantar una canción de cuna), bua (bebida), etc.

Finalmente, una categoría muy importante, porque refleja de cierta manera la historia de la lengua latina, o, por lo menos la historia de los contactos culturales con otros idiomas del latín, es la categoría de los PRÉSTAMOS.

Los préstamos se reconocen por no tener características indoeuropeas (si se trata de palabras tomadas de lenguas no indoeuropeas), o por no tener correspondencia regular en otras lenguas indoeuropeas, o por no tener en latín un aspecto fónico normal (de acuerdo con la historia del sistema fonológico latino). En el caso de las palabras tomadas de idiomas no-indoeuropeos, encontramos que ellas tienen a veces correspondientes, y hasta muy semejantes, en griego, pero que entre las formas latinas y las griegas no se dan las correspondencias fónicas normales en las palabras heredadas: deducimos de tal irregularidad que se trata de vocablos que tanto el latín como el griego han tomado del mismo idioma no-indoeuropeo o de dos idiomas no-indoeuropeos pero parientes entre ellos. Naturalmente, se registran en latín también préstamos de idiomas indoeuropeos (griegos, itálicos, etc.), pero éstos no tienen el aspecto que tendrían que tener si pertenecieran al fondo indoeuropeo del latín, a la categoría de las palabras heredadas.

Dentro de los préstamos, distinguimos varias categorías:

1) mediterráneos. Se consideran bajo este rótulo, un poco vago, las palabras que se supone que el latín haya tomado de las lenguas pre-indoeuropeas a las que se sobrepuso al llegar a Italia, o con las que estuvo en contacto durante varios siglos, antes de absorberlas y eliminarlas, con la expansión romana. Es decir que son las llamadas palabras de "substrato". Acerca de tales palabras existen la misma inseguridad y

el mismo desacuerdo entre los estudiosos que existen acerca del concepto mismo de "substrato" y de la importancia que hay que atribuirle. Algunas de ellas se relacionan con topónimos que son seguramente, o se consideran, prelatinos (es sabido que, justamente sobre la base de la toponimia, o, por lo menos, sobre todo con la ayuda de la toponimia, se ha reconstruido por una serie de estudiosos, particularmente italianos, todo un "continente" lingüístico mediterráneo, preindoeuropeo, con isoglosas que abarcan, según los casos, toda la Europa meridional, de Grecia a Iberia, o también el Asia menor, o sólo el Mediterráneo occidental, etc.), o presentan sufijos que se consideran prelatinos y se encuentran también en dichos topónimos (como -arro, -arra, -issos, -issa, -ntos, -sko, etc.) y, a veces, como se ha dicho, formas paralelas (pero con correspondencia fonética casi siempre irregular) se encuentran también en griego. En algunos casos, como por ej., el caso de la palabra lepus, se intenta una precisión mayor, afirmándose que se trata de un elemento lígur; otras veces debemos conformarnos con el rótulo genérico de "mediterráneo" o "preindoeuropeo". (A veces, sobre todo si la palabra no tiene su correspondiente en griego, sería, quizás, preferible emplear el término "preindoeuropeo" o, simplemente, "no-indoeuropeo", en lugar de "mediterráneo", pues podría tratarse de elementos no-indoeuropeos pero tampoco mediterráneos, es decir, de elementos que el latín tomó; de lenguas no-indoeuropeas con que pudo haber estado en contacto después de haberse separado de la unidad indoeuropea, pero antes de haber llegado a la cuenca del Mediterráneo. Y algunas de ellas podrían hasta ser anteriores a dicha separación, es decir que podrían haber entrado en latín mientras éste era todavía nada más que un dialecto dentro de la comunidad lingüística indoeuropea).

Pertenecen a esta categoría palabras como: rosa, cupressus, vinum, figus, laurus, lilium, palabras con desinencia -ax, -ix, -ex (limax, larix, chthix); palabras con vocalismo radical: au (laus, causa, fraus); palabras con o inicial (opto, opino, oro y opacus) o con f inicial (febris, fenestra, feles, ferrum, furca); y se le atribuyen también varios otros vocablos sin etimología indoeuropea, como: populus (que según algunos sería etrusco, o, por lo menos, un elemento "mediterráneo" entrado en latín a través del etrusco) orbis, locus, focus, caelum, mundus, mulier, loquor, gemo, parco, etc.

Otros elementos "mediterráneos", que no entraron en el latín clásico (o no encontramos documentados en el latín clásico), penetraron en el latín hablado en las provincias y se conservaron luego en las respectivas lenguas romances. Así, por ej., serían elementos prelatinos del latín de España, palabras como balsa, arrugia (>arroyo), paramus, etc.

2) etruscos.— De la lengua no-indoeuropea de los etruscos (y que probablemente procedía del Asia menor), los latinos tomaron un número de vocablos realmente muy exiguo, sobre todo si se considera el gran prestigio que el pueblo etrusco tuvo, por su cultura y civilización, en la antigua Italia y la influencia que ese pueblo ejerció sobre la civilización, las instituciones, las costumbres y el arte de los romanos. Puede ser que la gran diferencia estructural entre los dos sistemas lingüísticos haya impedido un intercambio idiomático más amplio, como también que varios de los elementos a los que se atribuye otro origen o que se dicen de origen desconocido sean en realidad etruscos; pero, con todo, el número de los "etrusquismos" en latín quedaría muy limitado con respecto al influjo cultural que los Etruscos ejercieron sobre los Latinos (influjo visibles, por ejemplo, en la gran cantidad de nombres de personas de origen etrusco). Las pocas palabras latinas que se consideran como préstamos del etrusco son casi todos términos técnicos que se refieren al teatro, alla música, al comercio, etc. He aquí las más seguras de ellas: histrio, subulo, spurius, lanista, mantisa, taberna, balteus, persona (esta última era, en etrusco, de origen griego).

3) griegos. Los grecismos del latín son muy numerosos, sobre todo después del siglo III a.C., dado el enorme influjo que la cultura griega ejerció durante varios siglos sobre la cultura latina. Pero algunos elementos griegos aparecen muy antiguos y se hacen remontar a los primeros contactos que los dos pueblos tuvieron en la Magna Grecia. Se trata, en general, de palabras técnicas, nombres de plantas y productos, términos que se refieren a la navegación, al comercio, al arte. Así, por ej.; cotoneum, oleum, gubernare, sporta, ancora, camara, prora, remulcum, averta, patina, purpura, ampulla, balineum, theatrum, machina, etc.

De estos y de otras categorías de grecismos más recientes en latín volveremos a hablar más detenidamente cuando tratemos de los numerosos vocablos griegos entrados en el "latín vulgar", sobre todo debido al cristianismo, y del elemento griego en español.

4) itálicos. La larga convivencia entre el latín y los dialectos itálicos hizo que en la lengua de Roma penetraran varios elementos "oscoumbros". Se reconocen esos elementos, aun cuando se trate de palabras indoeuropeas, por presentar ellos un aspecto fónico, justamente, normal en los dialectos itálicos, pero anómalo en latín. Así, por ejemplo: bos (si fuera una palabra latina primitiva, debería ser *vos < *gwos), lupus (lat. *lucus < *luquos), bugo, hirpex - "rastra" (cf. sabino hirpus, "lobo", correspondiente a lat. hircus - "chivo") del mismo modo, asinus debe ser sabino por no presentar al rotacismo de la s intervocálica (en lat. debería ser *arinus). En varios casos, encontramos en latín dos formas paralelas: la latina legítima y la tomada de un dialecto itálico; así, por ejemplo: haedus (lat.) y edus (itál.), hordeum (lat.) y fordum (itál.), holus y folus, bubulcus y bufulcus, etc.

5) célticos. Son los préstamos más recientes y, en general, son palabras técnicas que se refieren al vestuario y a aspectos de civilización que constituían especialidad de los Celtas, como la fabricación de los carros y la carpintería en general. Así, por ej., son celtismos: bragae, camisia, carrus, raeda, carpentum. También de los celtismos volveremos a hablar al tratar del elemento céltico en español.

III. EL LATIN "VULGAR".

Exposición y crítica del concepto. El latín, lengua común del Imperio Romano. Diferenciaciones culturales y regionales. El latín hablado de la época imperial.

Se dice a menudo que las lenguas romances no proceden del "latín" sino del "latín vulgar" o "latín popular". Parecería que se opusiera con esto a la lengua latina, al latín sin adjetivos, otra lengua distinta y más o menos netamente separada de aquélla. En efecto, los romanistas del siglo pasado imaginaron un latín vulgar concebido de esa manera, es decir, como "otra lengua" hablada en la República y en el Imperio Romano, una "lengua del pueblo", opuesta a la lengua de las clases cultas, es decir, al latín de la literatura, al latín de los autores. Se basaban dichos estudiosos en toda una serie de hechos:

a) en una serie de palabras que son evidentemente latinas y que se corresponden en todas las lenguas romances o, por lo menos, en algunas de ellas, pero que no se encuentran en el latín de la literatura.

b) en el hecho de que entre los mismos autores latinos hay varios que oponen al latín culto o literario (sermo urbanus) un latín más libre, más familiar (sermo cotidianus) o más popular (sermo plebeius, sermo vulgaris) o dialectal, regional (sermo rusticus);

c) en palabras y formas no clásicas que se encuentran en escritores anteriores a la época clásica (por ej. en Plauto), en las inscripciones, en varios escritos de carácter popular y hasta en escritos de menor empeño (por ej. cartas familiares) de autores clásicos como Cicerón.

El primero que delimitó científicamente el concepto de latín vulgar fué el fundador de la moderna gramática comparada romance, el gran romanista alemán Federico Diez. Diez, autor de la primer gramática comparada (1835) y del primer Diccionario etimológico de las lenguas románicas, derivaba, en efecto, las lenguas romances de lo que él llamaba Volkslatein (latín popular, latín del pueblo) y que identificaba con la lengua hablada en la época imperial por las legiones, los comerciantes, los colonos, los funcionarios; una lengua distinta del latín clásico en la fonética, en la morfología, en la sintaxis y

en el vocabulario.

En realidad, al establecer dicho concepto, Diez no hacía sino consagrar una tradición que procedía desde la Edad Media y que oponía al latín (es decir, al latín literario de la época clásica) el habla vulgar (romance), considerada como corrupción del latín clásico o, también, como la antigua base del mismo. Y tal tradición medieval procedía, a su vez, de una tradición más antigua que arrancaba ya desde el siglo IV d.C., cuando por primera vez se hizo clara y neta la distinción entre latine y vulgo, entre el latín literario y el latín corriente. Contribuyó a fortalecer el concepto de "latín vulgar" el romanticismo, con la tendencia a considerar más legítimo, más genuino y más significativo lo "popular" (y no sólo en la lingüística), tanto que se llegó a considerar el "latín vulgar" como el "verdadero latín", "todo el latín", el latín sin adjetivos (cf. por ej. "Los orígenes neolatinos" de Savj-López), opuesto al latín más o menos "artificial" de la literatura. Las lenguas romances procederían pues de ese latín sin adjetivos que tendría una individualidad distinta de la del latín clásica.

Eso es, naturalmente, indudable. Sólo que al considerarse el "latín vulgar" como otra lengua se pensó en una lengua más o menos homogénea, una lengua unitaria, hablada de manera más o menos idéntica en las varias provincias del Imperio y a cuyas formas podrían reducirse las formas de las lenguas romances. Contribuyó a dar a ese "latín vulgar" una individualidad concreta la gran obra de Hugo Schuchardt. "Der Vokalismus des Vulgarlateins" ("El vocalismo del latín vulgar", 1866 - 1869), a pesar de las sugerencias en contra que pueden encontrarse en la misma. Era esa la época en la que dominaban en la gramática comparada (indoeuropea) la idea del "árbol genealógico" de Schleicher y la reconstrucción de las llamadas "Ursprachen" (lenguas primitivas u originales), reconstrucción que, a pesar de la aparente y proclamada oposición a Schleicher, continuó con igual vigor en la época neogramática. Justamente como una especie de "Ursprache" de las lenguas romances fué considerado el "latín vulgar" y el gran maestro de la lingüística románica, Wilhelm Meyer-Lübke (cuyos diccionario etimológico y gramática han sustituido las correspondientes obras de Diez y quedan hasta la actualidad las obras fundamentales de esa disciplina) emprendió, en su "Einführung in die romanische Sprachwissenschaft",